

sobrino Ricardo Vangham, miembro de los Comunes. A ti, John Campbell, Conde de Greenwich, te mataré como Achon mató á Matas, pero de una estocada leal, y no por detrás, porque tengo por costumbre presentar el corazón y no la espalda á la punta de la espada. Está convenido, milores: nos batiremos á pie ó á caballo. Deseo batirme con todos vosotros, ¿lo oís? con todos vosotros. Descansa, Conde de Caernarvon, que te haré tragar el acero hasta la empuñadura, y veremos luego, milord, si te ríes. Tú, Burlington, que tienes diez y siete años y pareces una doncella, puedes elegir entre el prado de tu palacio de Middlesex y tu hermoso jardín de Londesburg en Yorkshire, para que te entierren. Porque advierto á sus señorías que no consiento que nadie se insolente en mi presencia, y porque os insolentasteis os castigaré. Me pareció indecoroso que os burlaseis de lord Clancharlie, que vale más que vosotros; porque como Clancharlie, es tan noble, y como Gwynplaine, tiene más inteligencia. Hago mía su causa y mía la injuria, porque vuestras risotadas me encendieron en cólera. Veremos quién saldrá vivo de este combate, porque os provooco á todo trance, con toda clase de armas, de todos modos: elegid la muerte que os plazca, y ya que sois villanos á la par que gentileshombres, os desafío según vuestras cualidades, y os propongo cualquiera de los modos que tienen los hombres de matarse; desde la espada, como los Príncipes, hasta el boxe, como los galopines.

Al aluvión furioso de palabras de lord David, el grupo altivo de los jóvenes lores contestó sonriendo:

—Convenido.

—Yo elijo la pistola — exclamó Burlington.

—Yo — replicó Escrick, — el antiguo

combate en campo cerrado, con la maza de armas y con el puñal.

—Yo — dijo Holderness, — deseo batirme con dos cuchillos, uno largo y otro corto, con los torsos desnudos y cuerpo á cuerpo.

—Lord David — dijo el Conde de Thonet, — ya que eres escocés, escojo la *claymore* (1).

—Yo la espada—repuso Rockingham.

—Yo — dijo el Duque Ralph, — prefiero el boxe. Es lo más noble.

Gwynplaine salió de la obscuridad donde se hallaba oculto y se dirigió hacia el hombre que había llamado hasta entonces Tom-Jim-Jack y en el que ahora entreveía la nobleza.

—Os doy las gracias — le dijo,—pero este asunto me corresponde á mí.

Los jóvenes lores dirigieron sus miradas á Gwynplaine; éste avanzó. Se sentía impulsado hacia el hombre que oía llamar lord David y que era su defensor, acaso más aún. Lord David retrocedió.

—¡Calla! — exclamó lord David. — ¡Sois vos! Me alegro, porque también tenía que deciros algo. Hace poco acabáis de hablar de una mujer, que después de amar á lord Lineus Clancharlie amó al Rey Carlos II.

—Es verdad.

—Pues habéis insultado á mi madre.

—¡Vuestra madre! — gritó Gwynplaine. — En ese caso, ya comprendo... nosotros somos...

—Hermanos — dijo lord David, dando un bofetón á Gwynplaine. — Somos hermanos — repitió, — por lo que podemos batirnos, ya que únicamente nos batimos con nuestros iguales; ¿quién es más igual á nosotros que un hermano? Os enviaré mis padrinos. Mañana nos batiremos.

(1) Sable escocés.

LIBRO NOVENO

La caída.

I

Á TRAVÉS DEL EXCESO DE GRANDEZA SE LLEGA AL EXCESO DE LA MISERIA

Cuando sonaba la media noche en San Pablo, un individuo que acababa de atravesar el puente de Londres, se internaba por las callejuelas de Southwark. No había reverberos encendidos, porque entonces era costumbre, tanto en París como en Londres, apagar el alumbrado público á las once; esto es, suprimir las luces en el momento en que son más indispensables. Las calles estaban, pues, oscuras y desiertas. El hombre caminaba de prisa. Iba extrañamente vestido para ir por las calles á tales horas. Llevaba traje de seda bordado, espada al cinto y un sombrero con plumas blancas, pero iba sin capa. Los *watchment* (1) que le veían pasar, decían: —Será un señor que ha hecho una apuesta;—y se apartaban de él con el respeto debido á un lord y á una ganancia posible.

Ese hombre era Gwynplaine que huía. No sabía dónde se hallaba. El alma, ya lo hemos dicho, tiene sus ciclones, torbellinos espantosos, en los que se con-

funden el cielo, el mar, el día, la noche, la vida y la muerte en una especie de horror ininteligible. Lo real deja de ser respirable. La nada se trueca en huracán, el firmamento se descolora, el infinito se vacía. Nos encontramos con estas ausencias y nos sentimos morir. Deseamos ver un astro. ¿Qué era lo que sentía Gwynplaine? El deseo vehemente de volver á ver á Dea. No pensaba en otra cosa. Regresar á la Green-Box y la posada Tadcaster, sonora, luminosa, llena de la risa cordial del pueblo, hallar á Ursus y á Homo, volver á ver á Dea, volver á entrar en la vida.

Gwynplaine, apresurado, estaba ya próximo al Tarrinzean-field; más que andaba, corría. Sus miradas querían traspasar la obscuridad; éstas le precedían, buscando ávidamente un punto en el horizonte. ¡Qué ansiedad tenía por descubrir las iluminadas ventanas de la posada Tadcaster! Por fin llegó al *bowling-green* y se encontró frente a la posada, pero á alguna distancia; ya recordarán nuestros lectores que la posada era la única casa que había en el campo de la feria. Miró y no divisó ni una sola luz. Se estremeció. Después reflexionó que era muy tarde y que á semejantes horas debía estar ya cerrada la posada, que dormirían todos en ella y que era nece-

(1) Guardas.

sario despertar a Nicless ó á Govicum. Se decidió á llamar á la puerta, y se encaminó á ella con precipitación.

Cuando llegó á la posada no podía respirar, y se acercó á ella haciendo el menor ruido posible. Conocía el cuartucho contiguo á la sala baja, donde se acostaba antes el perro y después Govicum, que tenía una ventana que daba á la plaza; Gwynplaine golpeó suavemente el vidrio, creyendo que bastaba con despertar á Govicum, pero nadie se movió en el cuartucho. Volvió á tocar con el reverso de la mano en la ventana. Persistió el mismo silencio, que atribuyó al fuerte sueño del muchacho. Entonces dió dos golpes; tampoco le contestaron. Fué á la puerta de la posada y llamó. Nadie respondió.—Maese Nicless es ya viejo y tiene el sueño pesado. Llamemos más fuerte—se dijo. Sacudió la puerta, dando en ella recios golpes. Esto le trajo á la memoria el lejano recuerdo de Weymouth, cuando, siendo todavía niño, llevaba en brazos á la pequeñuela Dea.

Llamó con violencia, puesto que era lord, pero la casa permaneció silenciosa, y se quedó admirado. Desechando ya todas las precauciones, llamó gritando: ¡Nicless! ¡Govicum!...

Al mismo tiempo dirigió la vista á las ventanas, pero no percibió claridad alguna á través de ellas. No había en la posada Tadcaster ni un ruido, ni una claridad; reinaba allí silencio profundo. Fué á la puerta cochera, llamó y después la sacudió frenéticamente, gritando: ¡Ursus! ¡Homo!

El lobo no gruñó.

El sudor inundaba la frente de Gwynplaine. Miró en torno suyo. La noche era bastante obscura, pero brillaban algunas estrellas que le permitían reconocer el campo de la feria; al fijarse en él lo vió abandonado; ni un solo barracón había ya en todo el *bowling-green*, ni un circo, ni un tablado, ni una carreta. El murmullo que producían los vagabundos hormigueando aquí y allá, enmudeció en aquella vasta y vacía negrura.

Gwynplaine fué presa de inenarrable ansiedad. ¿Qué significaba aquel vacío? ¿Qué había acontecido allí? ¿Cómo es que estaba abandonado el campo de la feria?

Llamó á las puertas, á las ventanas, á las paredes, con los puños, con los pies, furioso y desesperado. Llamó á Nicless, á Govicum, á Fibi, á Vinos, á Ursus y á Homo. Algunos instantes se interrumpía y escuchaba; pero la posada permanecía muda, muerta. Entonces volvía á dar golpes y gritos, que retumbaban por todas partes.

El hombre es terrible cuando llega al extremo del espanto, y cuando todo lo teme no tiene miedo á nada. Da puntapiés á la esfinge. Trata ásperamente á lo desconocido. Renueva el tumulto bajo todas las formas posibles, reteniéndose, volviendo á la carga, llamando y gritando violentamente, y queriendo asaltar el trágico silencio.

Viendo la inutilidad de este medio, pensó en asaltar la posada; pero, ¿cómo entrar en la casa? Rompió un vidrio del cuartucho de Govicum y metió en él la mano; desgarrándosela, descorrió el cerrojo y abrió la ventana. Comprendiendo que la espada le molestaría para verificar la operación que intentaba, se arrancó colérico el acero, vaina y cinturón, y los arrojó al suelo. Después se encaramó por la pared, y aunque la ventana era estrecha, pudo pasar por ella y entró en la posada.

La cama de Govicum, confusamente visible, estaba en el cuarto, pero Govicum, no; el vacío de la cama del muchacho pareció indicar á Gwynplaine el vacío de la cama del posadero. Reinaba profunda obscuridad en toda la posada; advertíase en su interior tenebroso la inmovilidad misteriosa del vacío y el vago horror que significa. No había nadie. Gwynplaine, convulso, atravesó la sala baja, dió porrazos en las mesas, golpeó en la vajilla, movió y trastornó los bancos, fué á la puerta del patio, que la descerrajó, dándole un golpe con el pie, y fijó las ávidas miradas en el corral: la *Green-Box* ya no se hallaba allí.

II

RESIDUO

Gwynplaine salió de la posada y examinó en todos sentidos el *Tarrinzean-field*, le recorrió en toda su extensión y lo vió

inhabitado; ni una sola voz se oía en aquella obscuridad, como si la muerte hubiera batido allí sus alas.

Sin duda alguna, una medida de policía había desalojado aquel hormiguero, haciendo una *razzia* de los vagabundos. El *Tarrinzean-field* no sólo demostraba abandono, sino desolación. Podía decirse que habían vuelto del revés los bolsillos del miserable campo de la feria y los habían vaciado.

Gwynplaine, al asegurarse de esto, salió del *bowling-green* y se internó por las calles tortuosas de la extremidad llamada *East-point*, encaminándose hacia el *Támesis*. Franqueó algunos zig-zags de la red de callejuelas, que solo tenían paredes y cercados, y al sentir el aire fresco del agua, percibió el sordo resbalar del río, y bruscamente se halló delante de un parapeto: era el parapeto de *Effroc-stone*.

Este parapeto costaba un pedazo de muelle corto y estrecho; debajo de él, la elevada muralla *Effroc-stone* se hundía á pico en el agua obscura.

Gwynplaine detúvose allí; se oprimió la cabeza con las manos y se entregó de este modo á sus pensamientos, teniendo el agua á sus pies. ¿Miraba al agua? No. Miraba á la sombra: no á la sombra, sino á la que se proyectaba dentro de él. En el paisaje melancólico de la noche, que él no contemplaba; en la profundidad exterior, en la que no se fijaban sus miradas, se destacaban siluetas de vergas y de mástiles. El *Effroc-stone* á los pies de Gwynplaine únicamente ofrecía la corriente del agua, pero el muelle, cuesta abajo, descendía en pendiente insensible, y conducía á alguna distancia á una barga que abrigaba multitud de buques, de los que unos llegaban y otros partían, comunicándose con la tierra por medio de pequeños promontorios amarraderos, contruidos exprofeso de piedra ó de madera. Dichos buques, unos anclados y otros amarrados, estaban inmóviles. No se oía en ellos hablar ni andar; los marineros observaban la buena costumbre de dormir todo lo que podían, y sólo se levantaban para dedicarse á sus ocupaciones. Si alguno de estos bastimentos tenía que salir de noche, á la hora de la marea, no estaba despierto todavía.

Se divisaban apenas los cascos como

gruesas ampollas negras y los aparejos como hilos confundidos en las escalas, pero todo esto confuso.

Gwynplaine nada de esto distinguía, porque se ensimismaba reflexionando sobre su destino; era un visionario, que soñaba pasmado de la realidad inexorable; le parecía oír detrás de él algo parecido á un temblor de tierra: era la burla de los lores; oía sus risas y escapaba de ellas abofeteado. ¿Abofeteado por quién? por su hermano. ¿Y qué hallaba huyendo de las risas y abofeteado, al refugiarse en su nido, como pájaro herido, cuando escapaba del odio y cuando buscaba el amor? Las tinieblas, la soledad. Todo había desaparecido para él.

Gwynplaine acababa de llegar á la orilla siniestra del vacío. Desapareciendo la *Green-Box*, desvanecíase para él el Universo.

¿Qué les habrá ocurrido? ¿Dónde estarán? Sin duda les han obligado á salir de Londres. El destino, que proporcionaba la grandeza á Gwynplaine, quizá les anonadaba, y es evidente que él no volvería á verles, porque para esto se habrían tomado las precauciones necesarias. Al mismo tiempo despoblaron todo el campo de la feria, comenzando por Nicless y Govicum, para que nadie pudiese darle noticia del paradero de los fugitivos, condenados á dispersión inexorable. La temible fuerza social, mientras pulverizaba á Gwynplaine en la Cámara de los Lores, había barrido á los vagabundos con sus tablados, sus circos y sus teatros. Estaban, pues, perdidos para él: perdida Dea para siempre. ¿Dónde estará Dea? ¡El, ausente, no la pudo defender!...

Formar conjeturas con respecto á los seres ausentes que se aman, es condenarse al tormento, y Gwynplaine aplicábase á sí mismo la tortura. A través de la sucesión de ideas dolorosas, se acordaba del hombre que le era evidentemente funesto, de *Bar-kilphedro*. Este hombre le escribió en su cerebro palabras vagas, que ahora le reaparecían, y escritas con tinta tan terrible que se trocaban en letras de fuego; Gwynplaine veía llamear en el fondo de su pensamiento estas palabras enigmáticas, que hoy ya se podía explicar: *El destino no abre nunca una puerta sin cerrar otra.*

Todo estaba ya consumado. Las últimas

sombras apoderábanse de él. Cada hombre puede llegar en su destino al fin de su mundo; esto es, á la desesperación. El alma está llena de estrellas caídas.

Pasó una humareda que le envolvió; era tan densa para su vista que le penetró en el cerebro, y sus ojos cegaron y su corazón se embriagó. Este estado duró el breve tiempo que gasta la humareda en desvanecerse. Despertó del sueño y se encontró solo. Todo se había disipado, todo se había desvanecido.

Se quedó solo; solo es sinónimo de muerto.

La desesperación es un reloj que marca los segundos y que suma el total, adicionándolo todo. Reprocha á Dios los rayos y los alfilerazos; desea saber lo que le reserva el destino y razona, pesa y calcula.

Gwynplaine se examinó á sí mismo y examinó su suerte; su mirada retrospectiva le dió un resultado funesto.

Cuando nos hallamos en lo alto de la montaña miramos al precipicio; cuando estamos en lo más profundo de la caída, contemplamos el cielo y nos decimos: ¡Yo estaba allí!

Gwynplaine había caído en las profundidades de la desgracia, y con rapidez vertiginosa, con la rapidez horrible del infortunio Aquélla es tan pesada que parece lenta. También parece que la nieve, siendo fría, debería tener la parálisis del invierno, y siendo blanca, la inmovilidad de un sudario; pero esto lo desmiente la avalancha. La avalancha es la nieve transformada en horno; queda helada y devora. La avalancha envolvía á Gwynplaine; le arrancó como un harapo, le desgarró como un árbol, le precipitó como una piedra.

Gwynplaine recapituló su caída. Se hizo á sí mismo preguntas y respuestas. El dolor es un interrogatorio, y no existe juez tan minucioso como la conciencia cuando instruye su propio proceso. Deseó saber la cantidad de remordimientos que entraba en su desesperación, y sacar la cuenta y diseccionar la conciencia, que es una vivisección dolorosa.

Su ausencia causó una catástrofe; pero esta ausencia, ¿dependió de él? ¿obró con libertad en el acontecimiento sobrevenido? No. Se vió arrastrado. ¿Lo que le paró y le retuvo fué una prisión? No. ¿Una ca-

dena? Tampoco. ¿Qué fué, pues? Que quedó pegado á la liga de la grandeza. ¿A quién no le ha sucedido alguna vez estar libre y tener las alas enredadas?

Lo que comenzó por tentarle acabó por cautivarle; de eso y sobre este punto la conciencia le remordía. ¿Había tolerado nada más los ofrecimientos? No, que los había aceptado. Ciertamente es que sorprendido y haciéndose alguna violencia; pero él, por su parte, hasta cierto punto, dejó obrar. De que se apoderasen de él no tenía culpa alguna, pero su flaqueza consistió en embriagarse. En un momento dado pudo aceptar ó no aceptar. Barkilphedro le puso enfrente el dilema y le dió ocasión para resolver su suerte por medio de una palabra; Gwynplaine pudo decir que no, y dijo que sí, y lo ocurrido después dimanó del sí que pronunció aturcido. Por eso le queda el dejo amargo del consentimiento.

A pesar de esto, tomando su propia defensa, alegaba que no era un yerro, ni obrar torcidamente, el desear recuperar sus derechos, su herencia, su casa, y siendo como era patricio, el rango de sus antepasados, y siendo huérfano, el apellido de su padre. Que únicamente había aceptado una restitución propuesta por la Providencia.

Después se rebelaba contra ese acto y se decía á sí mismo que esa aceptación fué estúpida, que hizo una adquisición sin valor y un cambio inepto, que había celebrado con la Providencia un contrato en el que él salía perdiendo; porque por dos millones de renta, por seis ó siete señorías, por poseer diez ó doce palacios y castillos, y cien lacayos y jaurías, y carrozas, y escudos de armas; por ser juez y legislador, por llevar corona y traje de púrpura como un Rey, por ser Barón, Marqués y par de Inglaterra, había vendido el coche-teatro de Ursus y la sonrisa de Dea. Por la inmensidad movediza que nos traga ó nos hace zozobrar, había entregado su felicidad. Por el Océano había dado una perla. Era un idiota, era un insensato.

Sin embargo, y aquí su objeción renacía en terreno más sólido, en la fiebre de una fortuna colosal que se apoderó de él, no todo era perjudicial para su salud; tal vez el renunciar hubiera sido un egoísmo, porque la aceptación se le imponía como un deber. Transformado súbitamente en lord,

¿qué había de hacer? La complicación del acontecimiento produce la perplejidad en el modo de obrar, y esto es lo que aconteció. Tuvo el azoramiento que ocasiona el deber cuando dicta órdenes en sentido inverso, cuando se presenta por todas partes al mismo tiempo y se hace múltiple y casi contradictorio. Dicho azoramiento le paralizó, particularmente en el trayecto de Corleone-lodge á la Cámara de los Lores, y no pudo resistirlo. Lo que se llama ascender en el mundo es pasar de un itinerario sencillo á un itinerario sin sosiego. ¿Dónde está desde entonces la línea recta? ¿En qué parte está el primer deber? ¿Está en la parte más próxima? ¿No pasamos de la familia humilde á la familia poderosa? Al subir se siente cargada la honradez de un peso que va aumentando. Cuanto más alto subimos, parece que estemos más obligados; ensanchando el derecho, se aumenta el deber. Tenemos la obsesión, la ilusión quizá de ver muchos caminos brindándonos á la vez, y á la entrada de cada uno de ellos el dedo indicador de la conciencia. ¿Por cuál de ellos penetrar? ¿Salir, quedarse, avanzar, retroceder, qué determinación tomar? Es extraño que el deber se introduzca en las encrucijadas, porque así la responsabilidad puede ser un laberinto. Pero la responsabilidad es mucho más perturbadora aún, cuando un hombre representa una idea, cuando es la encarnación de un hecho, cuando es símbolo al mismo tiempo que hombre de carne y hueso; de esto dimanaba la inquieta docilidad y la ansiedad muda de Gwynplaine y su obediencia al requerimiento de sentarse en la Cámara. El hombre pensador es frecuentemente hombre pasivo. Gwynplaine creyó oír que así se lo mandaba el deber. Entrar en un sitio en el que se puede discutir la opresión y combatirla, ¿no es lograr la realización de una de las aspiraciones más profundas? Pudiendo hablar él, formidable átomo social, ¿tenía derecho á rehusar la palabra? ¿tenía el derecho de apartar la cabeza debajo de la lengua de fuego que caía desde el cielo y que sobre él se posaba?..

En la lucha sorda y vertiginosa que trababa con la conciencia, ésta le decía lo siguiente:

El pueblo es el silencio; yo seré el abo-

gado de ese mutismo y hablaré en nombre de los mudos; hablaré á los grandes de los pequeños y á los débiles de los poderosos. Esta es mi misión. Dios sabe por qué lo quiere así y él me impulsa. Es sorprendente que la calabaza de Hardquannone, que encerraba la transformación de Gwynplaine en lord Clancharlie, hubiese flotado en el mar durante quince años sin ser destruida. Ahora comprendo por qué. Es que hay destinos secretos; tengo la llave de mi enigma y lo abro. Soy predestinado. He de cumplir una misión. Seré el lord de los pobres, hablaré en favor de todos los oprimidos. Traduciré los balbuceos, los murmullos, los rumores de todas las multitudes y las quejas mal explicadas, las voces ininteligibles y todos los gritos bestiales que la fuerza, la ignorancia y el sufrimiento arrancan á los pobres. El murmullo de los hombres es inarticulado, como el ruido del viento, y gritan. Pero no se dejan comprender, y gritar de esa manera equivale á callar, y callar es desarmarse. Desarmamiento forzoso que reclama auxilio. Yo los socorreré; seré su denuncia. Seré el Verbo, y gracias á mí les comprenderán. Diré todo lo que deba decir y seré grandioso.

Es hermoso hablar por los mudos, pero es triste hablar á los sordos. Tal fué la segunda parte de la aventura de Gwynplaine. Aventura que fué un fracaso, que desde lo alto del poder y de la fortuna le derribó y cayó envuelto en la espuma de la risa.

Su ánimo valeroso y fuerte, que durante muchos años flotó en la vasta difusión de sus pensamientos, arrancándole un grito lastimero, se estralló contra un escollo colosal, el de la frivolidad de los dichosos. Se creyó ser un vengador y resultó que era un clown; creyó que iba á aterrizar y causó risa; creyó conmovier y excitó las burlas; divirtieron sus sollozos, y esto le hizo naufragar.

Se burlaron de su risa, y el hecho execrable cuya huella eterna conservaba en la fisonomía, su mutilación convertida en alegría continua, su máscara de regocijo, fabricada por la tortura, la cicatriz que marcaba el *Jussu regis*, la prueba del crimen perpetrado por un Rey, símbolo del crimen cometido en el pueblo por la monarquía,

era lo que le vencía, era lo que le derrotaba; la acusación del verdugo se trocaba en sentencia contra la víctima. ¡Denegación prodigiosa de la justicia! La monarquía, que prevaleció contra el padre, también prevaleció contra el hijo; el mal que causó le servía de pretexto y de motivo para el mal que le quedaba por hacer. ¿Contra quién se indignaban los lores? ¿Contra el torturador? No; contra el atontado. Aquí el trono, allá el pueblo; aquí Jacobo II, allá Gwynplaine. Esta confrontación ponía en evidencia un atentado y un crimen. ¿Qué era aquí el atentado? quejarse. ¿Qué era aquí el crimen? sufrir. La miseria debe ocultarse y callar, porque de otro modo importuna á la majestad. ¿Eran malvados los hombres que herían á Gwynplaine con el puñal del sarcasmo? No; eran víctimas de su fatalidad, eran dichosos. Eran verdugos sin saberlo. Eran hombres de buen humor y encontraron inútil á Gwynplaine; si éste, abriéndose el pecho, se hubiera arrancado el hígado y el corazón, para enseñar á aquellos hombres sus entrañas, le hubieran respondido:— ¡Bien representas la comedia!...—Porque, por desgracia, él se reía también; su espantosa cadena, sujetándole el alma, impedía ascender el pensamiento hasta el rostro, la desfiguración le llegaba hasta el espíritu, y mientras su conciencia se indignaba, desmintiéndola su faz, reía. Lord Clancharlie no podía dejar de ser *El hombre que ríe*, la cariátide del mundo que llora, la angustia petrificada en la risa que soporta el peso de un mundo de calamidades, y que se amuralla para siempre en la jovialidad, en la ironía y en el divertimento de los demás; participaba con los oprimidos, cuyo símbolo era, de la fatalidad abominable de ser una desolación que no se toma en serio; se chanceaban de su agoría. Su generosidad, su entusiasmo, su elocuencia, su corazón, su cólera y su amor daban por consecuencia y como resultado una carcajada general.

Una ley incomprensible, la fuerza desconocida que gobierna, quiso que un espectro visible y palpable, un espectro de carne y huesos, resumiese la monstruosa parodia que llamamos mundo, y Gwynplaine era ese espectro. Gritó:— ¡Piedad para los que sufren!...—Quiso despertar la

piedad y despertó el horror. Esta es la ley de la aparición de los espectros. A la vez que espectro, era hombre, por dolorosa complicación. Espectro por el exterior y hombre por el interior, acaso más hombre que los otros, porque su doble suerte resumía á toda la humanidad; y al mismo tiempo que la sentía en él, la veía también fuera de él.

¿Era un desheredado? No, porque era un lord. ¿Era un lord? No, porque era un revolucionario; era el portador de la luz, el que turbaba la fiesta; no Satanás, pero sí Lucifer. Llegaba siniestramente con la antorcha en la mano. Siniestramente para los siniestros, temible para los temidos; por eso éstos le arrojaron de allí. Nunca le hubieran aceptado como á uno de los suyos. El obstáculo de su cara era terrible, pero el obstáculo que oponían sus ideas era más difícil de vencer todavía. Sus ideas les parecían más deformes que el rostro. No enunciaba ni un solo pensamiento posible en el mundo de los grandes y de los poderosos, en el que una fatalidad le hizo entrar y otra fatalidad le hacía salir.

Entre él y los hombres interponíase una máscara, y entre la sociedad y su espíritu una muralla. Volatinero errante, se confundió desde la niñez con la muchedumbre, impregnándose y saturándose de la inmensa alma humana, y perdió, en el sentido común de todo el mundo, el sentido especial de las clases superiores; se hizo imposible en ellas, por llegar á su altura empapado del agua del pozo de la verdad. Transcendía en él la fetidez del abismo y asqueaba á los Príncipes, que la menfira perfuma, y es infecta la verdad para el que vive de la ficción. El que tiene sed de adulación vomita lo real cuando lo bebe por sorpresa. No era presentable en esos elevados sitios lo que llevaba á ellos Gwynplaine: la razón, la sabiduría y la justicia. Por eso le arrojaron de allí con desagrado.

Gwynplaine obtuvo la recepción que obtendría un espectro que entrase en la morada de los dioses. Indignáronse porque no era un espectro, era un hombre, y así se lo dijo. No era un fantasma, era carne palpitante y cerebro pensador; su corazón sabía amar, y su alma esperaba; su culpa estribaba en esperar demasiado, porque

exageró su esperanza hasta el extremo de creer en la sociedad, y por eso, estando á la parte de fuera, deseó entrar en ella. La sociedad le presentó en seguida, y de un golpe, tres muestras de tres dones: del matrimonio, de la familia y de la casta. El matrimonio le vió en el umbral de la prostitución. A la familia la vió en su hermano, que le abofeteó, y que al día siguiente le esperaba con la espada en la mano. La casta le arrojaba sus burlas al rostro, á él que era patricio, y le rechazó casi antes de ser admitido. Sus tres primeros pasos en la profunda sombra social habían abierto á sus pies tres abismos. Su desastre empezó por transfiguración traidora, y le sobrevino la catástrofe con cara de apoteosis. ¡Sube! quería decir para él: ¡Desciende! Su suerte fué contraria á la de Job: por la prosperidad llegó á la adversidad.

¡Los enigmas humanos son indescifrables! Siendo niño, Gwynplaine luchó contra la noche y fué más fuerte que ella; siendo hombre luchó contra el destino y lo aterró. De desfigurado se trocó en resplandeciente, de desgraciado en feliz. De su destierro hizo un asilo. Era vagabundo, luchó contra el espacio, y como los pájaros, halló su miga de pan. Era salvaje y solitario, luchó contra la multitud, y al fin consiguió ser amigo de ella. Era atleta, luchó contra ese león que se llama pueblo y lo encadenó. Era pobre, combatió á la miseria, afrontó la necesidad de vivir, y á fuerza de amalgamar á la pobreza todas las alegrías de su corazón, la convirtió en riqueza. Pudo creerse vencedor de la vida. De improviso nuevas fuerzas se desataron contra él desde el fondo de lo desconocido, no con amenazas, sino con caricias y sonrisas; cuando sentía amor angélico, se le apareció el amor draconiano y material; á él, que vivía del ideal, le cogía la carne, y oyó palabras voluptuosas parecidas á gritos de rabia; sintió que le estrechaban los brazos de una mujer, como si fuesen nudos de culebra; á la iluminación de lo verdadero siguió en él la fascinación de lo falso, porque no es la carne lo real, sino el alma. La carne es ceniza y el alma llama. Al grupo á que se hallaba ligado por el parentesco

de la pobreza y el trabajo, substituyó la familia social, la familia de la sangre, pero de sangre mezclada, y antes de entrar en ella se halló frente á frente de un fratricidio en perspectiva. Se dejó clasificar en aquella sociedad, de la que Brantôme, que él no había leído, dijo: *El hijo puede justamente requerir á duelo á su padre*. La suerte fatal le había dicho: «Tú no perteneces á la plebe, tú eres de los elegidos»; abrió encima de él como una trampa en el techo social, y arrojándole por la abertura, le hizo aparecer inesperado y feroz en medio de señores y de Príncipes.

De súbito, en vez del pueblo que le aplaudía, vió en torno suyo lores que le maldecían, y fué víctima de metamorfosis lúgubre y de engrandecimiento ignominioso.

Así Gwynplaine, medio por fuerza y medio por voluntad, abandonó lo real por lo quimérico, lo verdadero por lo falso, á Dea por Josiana, al amor por el orgullo, la libertad por el poder, el trabajo del pobre por la opulencia del rico, la sombra que oculta á Dios por las llamas donde los demonios saltan, el Paraíso por el Olimpo. Mordió la fruta de oro y escupió un bocado de ceniza.

Todo esto dió por resultado la derrota, la caída, la ruina de todas sus esperanzas, fustigadas por las sangrientas burlas. ¿Qué iba ya á hacer Gwynplaine? Si miraba al día siguiente veía una espada desnuda, cuya punta se dirigía á su pecho y cuyo puño cogía su hermano, hiriéndole el brillo horrible de esa espada. Josiana y la Cámara de los Lores estaban detrás en monstruoso claro-oscuro, plagado de siluetas trágicas. Su hermano se le aparecía caballeresco y valiente. Tom-Jim-Jack, que había defendido á Gwynplaine, era lord David, que defendió también á lord Clancharlie; en el instante de conocerle y de quererle le dió un bofetón.

Después de todo eso, era ya imposible ir adelante. La tentativa se frustró y era en vano volver á intentarla. Gwynplaine era un jugador que había perdido uno tras otro todos sus triunfos; se dejó arrastrar á un garito espantoso. Sin conciencia de su modo de obrar, porque tal es el sutil envenenamiento de la ilusión, se

jugó á Dea contra Josiana, y fué un monstruo. Se jugó á Ursus contra su familia y quedó escarnecido. Se jugó su tablado de saltimbanqui contra un asiento de lord, y recibió primero la aclamación y luego la imprecación. Su última carta la echó encima del tapete verde del *bowling-green*, que estaba desierto. Gwynplaine había perdido y no tenía ya con qué pagar.

Gwynplaine permanecía inmóvil: el que le hubiese visto en medio de la obscuridad, derecho y sin movimiento, á la orilla del parapeto, hubiera creído ver una piedra de pie. Contemplaba el mundo que acababa de vislumbrar con la mirada fría, que es la mirada definitiva, y veía en él el matrimonio, pero no el amor; la familia, pero no la fraternidad; la riqueza, pero no la conciencia; la belleza, pero no el pudor; la justicia, pero no la equidad; el orden, pero no el equilibrio; la autoridad, pero no el derecho; el esplendor, pero no la luz. Balance inexorable. Dió la vuelta á esta visión suprema en que su pensamiento se hundía, y examinó sucesivamente el destino, la situación, la sociedad y á sí mismo. ¿Qué era el destino? Una red. ¿La situación, qué era? Una desesperación. ¿Qué era la sociedad? Un odio. ¿Qué era él? Un vencido. Desde el fondo de su alma exclamó: La sociedad es la madrastra, la naturaleza es la madre.

Gwynplaine, al juzgar, confrontaba lo que debía á la sociedad con lo que debía á la Naturaleza. La Naturaleza fué buena para él; la Naturaleza, que es el alma; la sociedad todo se lo había robado, todo, hasta el rostro; el alma se lo había devuelto todo, todo, hasta la cara; porque existía una ciega celestial, creada exprofeso para él, que no veía su fealdad, y sí su belleza moral. ¡Y se separó de ella!... ¡de ese ser angelical, de esa ternura!... Dea era su hermana, porque conocía que le comunicaba la fraternidad celeste. Dea, cuando era niño, le parecía su Virgen, porque todos los niños profesan afecto á una Virgen, y la vida comienza siempre por el casamiento de las almas que consuman, en plena inocencia, dos virginidades ignorantes. Dea era su esposa, porque les abrigaba el mismo nido, colocado sobre la rama

más alta del árbol gigantesco del Hime-neo. Dea era todavía más para Gwynplaine, era su claridad; sin ella todo era obscuridad y vacío para el saltimbanqui. ¿Qué sería de él sin Dea?... ¿Cómo pudo perderla de vista ni un solo momento? ¿Dónde estará? ¡Qué feliz fué con ella Gwynplaine! Dios rehizo el Edén para él hasta el punto de que dejó penetrar en él la serpiente; pero esta vez se presentó la tentación bajo la figura de un hombre: fué Gwynplaine atraído desde fuera por seductora red, y al caer, cayó en el caos de las risas infernales. Era espantoso todo lo que le había fascinado. ¿Qué era Josiana? Una mujer horrible, casi bestia, casi diosa. Gwynplaine se hallaba ahora en el reverso de su elevación, y la veía por la parte opuesta á su deslumbramiento, por la parte fúnebre, y le parecía deforme la señoría, pesada la corona, funeral el traje de púrpura, corruptores los palacios, topresores sus trofeos, sus estatuas y sus blasones, y que el aire traidor y nocivo que se respiraba en aquella atmósfera le envenenaba el cerebro.

Echaba de menos los harapos del saltimbanqui; la Green-Box, con su pobreza y su alegría; la agradable vida nómada, la vida común con sus compañeros, en la que no se separaban, viéndose á todas horas, por la tarde, por la noche, por la mañana, codeándose en la mesa, tocándose las rodillas, bebiendo en el mismo vaso. Por la noche dormían unos cerca de otros, y la imagen de Dea no se separaba de Gwynplaine, ni la de Gwynplaine de Dea, no estando seguros al despertar de no haber cambiado de besos en la nube azul del sueño. Dea simbolizaba la inocencia y Ursus la sabiduría prudente. Ahora todo eso había desaparecido. ¿Dónde está? ¿Lo borraría soplando el viento de la tumba? Todo se había eclipsado y desvanecido. Y Gwynplaine no estaba entre ellos para protegerles, para defenderles como lord, con su título, con su señoría y con su espada, y como saltimbanqui con los puños y con las uñas. Al decir esto le asaltaba la más amarga de las reflexiones, la de que él no hubiera podido defenderles, pues precisamente él los perdía. La infame omnipotencia social les barría

para separarles de lord Clancharlie, para aislar la dignidad de éste de su contacto. La mejor manera de protegerles hubiera sido desaparecer, porque de este modo no hubiera dado margen á que les persiguieran. ¡Ah! ¿por qué dejó que le separaran de Dea? ¿No era su primer deber no abandonarla? Debía servir al pueblo, pero también á Dea; así lo exigía la humanidad, puesto que era huérfana y estaba ciega. ¿Qué es lo que había hecho? Dejar el campo libre á la catástrofe. Debía haber participado de su suerte adversa ó favorable. ¿Qué sería de él ahora? ¿Podía Gwynplaine vivir sin Dea?... ¿Para qué había de luchar por más tiempo, no esperando ya nada de los hombres ni del Cielo? El que perdió el objeto de su vida, su alma, únicamente puede volverla á encontrar en un sitio, en la muerte.

Gwynplaine apoyó con firmeza la mano en el parapeto, como el que acaba de tomar una resolución, y miró al río.

Era la tercera noche que no dormía y tenía fiebre. Sus ideas, que le parecían claras, eran vagas. Sentía imperiosa necesidad de dormir. Permaneció algunos momentos inclinado hacia el agua, que en la obscuridad le brindaba con su inmenso lecho tranquilo, con el infinito de las tinieblas, con tentación siniestra.

Se quitó la casaca, la plegó y la dejó sobre el parapeto; después se desabrochó el cha-

leco; al ir á quitárselo, su mano chocó con un objeto que contenían sus bolsillos, con el red-book que le entregó el librarian de la Cámara de los Lores. Sacó dicho registro del bolsillo, lo examinó á la claridad difusa de la noche y vió un lápiz sostenido en él; lo tomó y escribió, en la primera página en blanco que halló, lo siguiente:

«Me voy. Que me reemplace mi hermano David y que sea feliz.»

Después de escrito lo anterior, firmó: «Fernando Clancharlie, par de Inglaterra.»

Se quitó el chaleco y lo puso encima de la casaca, colocando el sombrero sobre el chaleco, introduciendo en el sombrero el red-book, abierto por la página que acababa de escribir.

Cogió del suelo una piedra y la metió dentro del sombrero.

Hecho esto, miró al cielo un instante y luego inclinó lentamente la cabeza, como si le atrajera el hilo invisible del abismo.

En las piedras del parapeto había un agujero; puso allí el pie, de modo que su rodilla pasaba más allá de lo alto del parapeto, y quedó en posición de saltar. Cruzó las manos en la espalda y se inclinó.—Conclu-yamos—dijo, mirando fijamente al agua.

En este instante sintió que una lengua le lamía las manos; se estremeció y volvió la cabeza. Era Homo que estaba detrás de él